

DIOS TIENE UN CAMINO DE FELICIDAD Y PLENITUD PARA CADA UNO

P. Carlos Padilla 16 Mayo 2010

Seguridad / novedad

Muchas veces el miedo nos puede impedir seguir el camino que Dios quiere marcarnos. El protagonista de la película *"la leyenda de un pianista en el océano"*, tenía pánico de salir fuera del barco en el que había pasado toda su vida. La justificación que daba para explicar su temor, era la de comparar el mundo con su piano. El mundo estaba lleno de infinitas cosas desconocidas e incontrolables, era imposible elegir el camino correcto en esa infinitud. Por el contrario, su piano era finito, aunque su alma era infinita. De esa forma, controlando el teclado, podía expresar infinitas melodías. En ocasiones puede pasarnos como a este protagonista, llamado Novecento. Es más fácil controlar las teclas de nuestra vida conocida antes de aceptar un desafío de Dios que nos saque de nuestros límites que nos dan seguridad.

El hombre vive en esta tensión continua entre la seguridad y la novedad. Buscamos la seguridad en nuestra vida, aquello que nos da tranquilidad. Y con los años, nos vamos llenando de ritos inconscientes. El P. Kentenich hablaba de que tener hasta 20 manías era algo concebible, más era expresión de neurosis. No sé si habéis visto la película *"Mejor imposible"*, el protagonista busca seguridad en mil ritos que le crean un mundo limitado y conocido en el cual se siente a gusto y protegido. A nosotros, y tenemos que ser sinceros al mirar nuestra vida, puede que nos pase lo mismo. ¡Cuántas seguridades tenemos que nos producen estabilidad! La seguridad nos da paz, tranquilidad, y cualquier cosa que la altere la rechazamos. Pero, no obstante, el hombre no sólo busca la seguridad. En todo hombre hay un impulso hacia la novedad, a salirse de los esquemas, de lo preestablecido. La novedad es parte integrante de la vida, necesaria para darle color. Sin novedad, la vida es una rutina pasmosa que parece no conducirnos a ninguna parte. Sin hambre de cambios, de crecimiento, de sueños, no es posible vivir. Siempre vive en el interior del hombre el deseo de soñar más fuerte.

Es el amor el que introduce la novedad en la vida. Sin duda, lo que más se escapa de nuestro control mental, de nuestro deseo de tenerlo todo dominado, es el corazón. Cabeza y corazón parecen enzarzados en una eterna lucha. No hay nada más desequilibrante que el amor. Éste nos coge de improviso y rompe nuestros hábitos. Volviendo a *"Mejor imposible"*, el protagonista quiebra sus ritos y los olvida cuando el amor entra en su vida. Entonces hace cosas sorprendentes, inesperadas e imprevistas. En algún momento surge el deseo de volver atrás, a la rutina y a la finitud conocida. El amor abre a lo desconocido y a lo incontrolable. La falta de amor es la que nos hace rutinarios. El amor verdadero siempre es novedoso. No me refiero aquí a esa novedad que muchos hombres y mujeres de hoy buscan en el cambio constante de pareja y de vida, en ese miedo al compromiso existente. El amor maduro siempre conjuga seguridad y novedad. La apertura a lo nuevo nunca muere, siempre está el deseo de abrazar lo nuevo, de reencantarse con la propia vida. Pero la seguridad es parte de la vida madura. Por eso la pregunta que hoy deberíamos hacernos es:

**¿Qué predomina hoy en nuestra vida? ¿Buscamos más la seguridad o la novedad?
¿Nos da miedo hacer cosas que no dominamos, que no están bajo control? ¿Nos hemos convertido en personas rutinarias en nuestra relación con Dios?**

La fe práctica en la Divina Providencia

La fe práctica en la Divina Providencia es una forma de vivir que parte de la firme convicción, de que hay una Divina Providencia que tiene un plan de amor para nuestra vida, un plan en el cual nos invita a gestar historia con Dios. **Algunos presupuestos previos son importantes**¹: En la historia intervienen Dios, el hombre con su libertad y el demonio. Es necesario creer en esta concepción de la historia para ser capaces de vivir esta fe práctica:

- a. **Dios tiene un plan de amor con el hombre. Dios hace todo por amor, para el amor y en el amor.** Se trata de un plan que Él manifiesta a través de las distintas circunstancias de la vida diaria, expresa sus deseos y busca una respuesta de amor. Dios no quiere que nos instalemos en nuestro sillón, quiere que amemos y el verdadero amor nunca se aburguesa. A veces hemos convertido nuestra religión en rutina: vamos a misa y cumplimos, a diario o el domingo, rezamos algo cada noche, nos confesamos cuando corresponde y cumplimos algún apostolado de vez en cuando para tranquilizar la conciencia. De esta forma somos cristianos ejemplares, pero totalmente instalados. El cristianismo de los primeros cristianos era desinstalado. En él predominaba la novedad sobre la rutina segura, la búsqueda de los deseos de Dios más que la búsqueda de uno mismo. El amor a Dios, a Cristo era tan fuerte que siempre estaba abierto a cosas nuevas. Dios no estaba encasillado, ni reducido a un dios de bolsillo. Ahora, sin embargo, hemos hecho a Dios finito para que no nos dé problemas y de esta forma todo lo nuevo pueda quedar descartado por no entrar en los planes. Los planes los hacemos nosotros, nosotros tenemos el teclado del piano y sabemos lo que nos conviene, lo que es mejor para nuestros intereses, **¿dónde entra Dios? Es posible que Dios entre en el apartado “Religión”, sí, ahí entra.** Cuando tenemos que decidir un propósito determinado en relación con Dios y su Iglesia, entonces entra Dios; cuando nos decidimos a llevar dirección espiritual, ahí entra Dios, cuando pensamos en la moral sexual, ahí entra Dios. Pero en aquello que no tiene que ver con la religión, Dios queda fuera, porque no le corresponde.

La fe práctica en la divina providencia es otra cosa. Esta fe no es una teoría sino que es una forma de vida, una forma nueva de actuar e interpretar la realidad, una llamada constante a actuar y buscar a Dios en cada cosa, en cada proyecto. ¿Creemos realmente esta afirmación? Es importante que demos este salto de fe. Creer en un Dios amor cambia mucha cosas al mirar el mundo y el futuro. Un plan concebido en el corazón de Dios le da sentido a la vida. Hay muchos trazos de este plan que van a quedar ocultos en nuestro caminar y sólo en el cielo podremos entenderlos. La imagen del tapiz, con sus hijos confusos por el reverso, nos muestra cómo es nuestra vida y cómo se manifiesta a los ojos de Dios. Vivir de esta manera nos lleva a no perder nunca la esperanza. Si Dios es amor y nos ama con locura, nuestra vida está en buenas manos. En la película *“Facing the Giants”* el protagonista, un entrenador de fútbol americano, vive ahogado en medio de las dificultades de la vida: un equipo que no ganaba nunca, una situación económica muy complicada, una vida matrimonial en la que no llegaban los hijos porque él no podía. Todo parecía estar en su contra y sólo la fe en Dios parecía darle sentido a este caminar en la oscuridad. Los

¹ Ibídem, 76- 89

gigantes son los miedos que nos hacen desesperar. “*Nuestras acciones siempre reflejan nuestras creencias*”, decía uno de los protagonistas. Si creemos que vamos a fracasar, fracasaremos. Aquello que creemos se acabará convirtiendo en realidad. Por eso, se aferró a la esperanza que llenaba su vida, la promesa de Dios. Si creemos que Dios guía con amor nuestra vida, esa fe nuestra cambiará todo. La confianza es lo que debe dominar nuestra vida. Nada es imposible para Dios. El único camino es dar gloria a Dios siempre, en el éxito y en el fracaso, porque todo, absolutamente todo, es parte de un plan de amor.

- b. Dios guía el mundo a través de causas segundas libres.** Transparentes de Dios que con sus vidas cambian la realidad. Dios nos necesita, necesita nuestro actuar, nuestra voluntad sumisa a sus deseos. Estamos ante la gran crisis de las llamadas “*causas segundas*”. **Benedicto XVI**, en su paso por Portugal, señalaba el gran peligro del tiempo que vivimos: “*La mayor persecución de la Iglesia no procede de los enemigos de afuera, sino que nace del pecado en la Iglesia*”. Tenemos el don de la libertad y sabemos que podemos usarla bien o hacernos esclavos. Continuaba el Papa diciendo que es necesario “*hacer de cada hombre y cada mujer cristianos, una presencia radiante de la perspectiva evangélica en medio del mundo, en la familia, en la cultura, en la economía, en la política*”. Hay que recuperar la fe de los hombres en los instrumentos débiles que dan testimonio del amor de Cristo. Sabemos que podemos ir más allá de nuestras posibilidades o vivir lastrados por nuestras debilidades. Llevamos en vasijas de barro el tesoro de Cristo. Y sabemos que estamos llamados a ser forjadores de historia. No obstante, con frecuencia lo olvidamos de ello, pensando que no se puede hacer nada, que todo está marcado por un destino inexorable. Quedamos consternados ante las desgracias, ante el aparente triunfo del mal en el mundo y pensamos que nada se puede hacer para cambiarlo. Esta tendencia del alma al desánimo no puede ser la actitud del cristiano. Estamos llamados a elevar nuestra voz y gritar que es posible. Sí. Podemos cambiar la realidad con nuestra vida, con nuestro sí, con cada gesto que realizamos, con la fe que hace realidad los imposibles. Cuando vemos la vida de esta forma, cuando comprendemos que María necesita instrumentos para actuar, hombres libres que den la vida, todo cambia.

La alianza de amor con María es el camino para convertirnos en instrumentos aptos en sus manos. Dice el P. Kentenich: “*La alianza de amor debe llegar a ser el fundamento, la norma y la forma de nuestra vida. Lo que no está vinculado a Dios, lo que no surge de Él, lo que no lleva hacia Él, no significa realmente nada para la actualidad*”². La alianza con María nos adentra en el corazón de Dios y en el corazón de la Iglesia. Ella se convierte en la forma de entender la vida. Nuestra vida se hace mariana, descansa en María, vive de María. “*María ha inscrito nuestro nombre, con sangre y fuego, imborrablemente en su corazón*”³. Ella nos inscribe en su corazón que está a su vez inscrito en el de Cristo y éste en el de Dios Padre. La alianza que sellamos en el Santuario es el paso necesario para dejarnos educar. No se trata de ser más devotos, se trata de ser más dóciles, más abiertos y más necesitados de su educación y cuidado de Madre. Las flores que traemos al Santuario son expresión de nuestro amor. Pero la relación con María va más allá. Estamos profundamente arraigados en su corazón de Madre y de esta forma Ella puede hacer milagros con nuestras vidas. Tenemos nuestra

² J. Kentenich, La actualidad de María, 172

³ Ibídem, 173

parte de responsabilidad en la realidad que nos rodea. El mal del mundo, el desorden que hay a nuestro alrededor, no nos resulta indiferente. Con nuestra vida contribuimos a que desaparezca o aumentamos el mal.

c. **El demonio actúa e intenta continuamente desbaratar los planes de Dios.**

Pretende construir el mundo del odio y de la mentira. Lo que él quiere es que dejemos de creer en su poder. De esta forma será capaz de ganarse al hombre a su bando. Siempre de forma sutil, claro está. Pero quiere que nos dejemos conducir por él. Es el “*mono de Dios*”, como llama **S. Agustín**, para expresar que imita a Dios tratando de conquistarse el corazón del hombre. Así como Dios aprovecha nuestras caídas, nuestros lados débiles para aproximarse, de la misma forma el Demonio llega a nuestras caídas para convencernos de nuestro poco valor y sumirnos así en la tristeza. No violenta, simplemente hace que nos pongamos en el centro de todo y perdamos nuestra fuerza, nuestra capacidad de amar y donarnos por entero. Nos recuerda que valemos mucho y no somos tomados en cuenta, nos hace ver que nuestra vida merece la pena y está por encima del resto. Nuestra tristeza y amargura, nuestra violencia y desconfianza, son armas del demonio con las que conduce la historia. Nuestro propio pecado nos hace responsable del desorden moral que el mal produce con nuestros actos. Nuestras caídas no son indiferente, no dan igual aunque ocurran en el secreto de nuestro corazón. Privamos con ello de bien a los que nos rodean. Nuestro mal envenena el alma propia y las almas con las que compartimos nuestra vida. A través nuestro el demonio encuentra aliados casi sin que nos demos cuenta. Para enfrentarnos al demonio María se convierte en la mejor arma. Dice el **P. J. Kentenich**: “*La antigua Iglesia no surgió sin que María pronunciara su fiat. Lo mismo vale para el tiempo actual. Ella debe pronunciar su fiat para que surja la Iglesia más nueva en la ribera de los tiempos más nuevos*”⁴. Su sí vence los planes del demonio. Su sí nos enseña a pronunciar nuestro propio sí. En su sí nacemos nosotros y nuestro sí se convierte en vida para la Iglesia. María vence la seducción del Demonio, lo aleja de nosotros y nos hace vencedores frente a él. En Ella confiamos y descansamos.

La vocación personal

Dios os ha llamado a una vocación muy concreta, vuestra vocación matrimonial. Pero ahí no acaba nuestra vocación personal. Dios ha puesto en el corazón una semilla de plenitud. Dios sueña con nosotros, Dios hace vibrar nuestro corazón con la vida. Cuando hablamos de vocación, se refiere siempre a aquello que se corresponde con la voz más profunda de nuestra alma y de nuestro ser. Buscar la propia vocación es tratar de descubrir el plan de Dios para nuestra vida, aquello que Él tiene pensado y que colmará todos nuestros anhelos, los deseos más profundos del corazón. Vocación es llamada, si leemos el texto de la vocación de *Samuel* (1 S 3,1-11) vemos como la actitud que hay que cultivar es la de la escucha: “*Habla, Señor, que tu siervo escucha*”. Escuchar, sin embargo, es una de las cosas que más nos cuesta. Nos cuesta escuchar a las personas, dejarnos tiempo para ellas, comprender sus posturas. Escuchar es un arte que practicamos poco. Y, si esto nos ocurre con las personas, ¡cuánto más difícil nos resulta con Dios! Decimos que no habla, que no le escuchamos y que no dice nada. De esa forma tranquilizamos la conciencia y pensamos que Dios sólo nos dice cosas a

⁴ Ibídem, 176

través de las personas. En el silencio del corazón sólo nos escuchamos a nosotros mismos. Pero es que practicamos poco el silencio de la oración.

¿Cómo saber lo que Dios quiere hacer con nuestra vida? ¿Cómo entender esas palabras tuyas que son sólo susurros? Tal vez, una vez casados, pensamos que ya está, que todo lo demás es un dejarse llevar por la vida, por el carril que elegimos para caminar. El trabajo, los hijos, las obligaciones sociales, los compromisos nos llevan casi sin darnos cuenta, casi sin tener que decidir nada nuevo. Sin embargo, la vida no consiste en dejarnos llevar. Queremos tomar la vida en nuestras manos. Las grandes decisiones vocacionales, la decisión fundamental de contraer matrimonio, no nos liberan de todas las demás decisiones que hemos de ir tomando a lo largo de nuestra vida. El arte de escuchar el corazón lleva tiempo y no se aprende fácilmente. Por eso, para escuchar, lo primero es dejarse tiempo. Dios quiere lo mejor para nuestra vida, quiere que seamos felices, y a veces nos olvidamos de ello. Pensamos que si escuchamos mucho a Dios, nos va a acabar pidiendo cosas que nos hagan sufrir. Creemos que sus planes van a estar llenos de cruces que no estamos dispuestos a vivir. No entendemos que Dios es Padre, que nos ama con locura y que quiere siempre lo mejor para nuestra vida.

Caminos de discernimiento⁵

Para aprender a discernir lo que Dios quiere de nosotros, el Padre Kentenich proponía siempre leer en el libro de nuestra vida. Dios habla de muy diferentes maneras. Las llamamos “*voices de Dios*”. Pero es necesario aprender a interpretarlas. De esa manera tendremos la sabiduría de descifrar sus planes en medio de nuestro día a día. Analicemos ahora cómo se dan las voces de Dios en nuestro día a día y cómo se puede trabajar con ellas. Se trata de las voces del alma, del ser y del tiempo. Dios nos habla de muchas formas en nuestra vida. Va dejando semillas de nuestra vocación en el camino y nos va mostrando por dónde debemos ir.

Las voces del tiempo

Dios nos habla en los acontecimientos de nuestra vida. “*La voz del tiempo es la voz de Dios*” decía el P. Kentenich. Dios nos habla a través de las grandes y de las pequeñas cosas que nos ocurren. En ese coro de voces debo aprender a distinguir su voluntad. Es preciso detenerse. Normalmente vamos corriendo de un lado a otro sin parar un momento. Nuestra vida es como hacer zapping y por eso no nos quedamos en ningún suceso, pasando todos de largo. **¿Meditamos realmente las cosas que nos ocurren?** Creo que muchas veces no; no le sacamos el jugo a la vida, no profundizamos en todo lo que acontece, porque, se podría decir, nos da algo de miedo escuchar y descubrir lo que hay detrás de cada suceso. No nos detenemos a mirar y admirar. Muchas veces esto nos pasa en el ámbito humano, no sabemos qué anhelos hay en las personas que conviven con nosotros, en los que tenemos más cerca. Creemos que lo sabemos todo sobre sus vidas y acabamos encasillando a los que nos rodean, pensando que ya los conocemos y que nada nuevo les puede ocurrir. A veces hay personas que durante mucho tiempo nos quieren decir algo y no dejamos que lo hagan, no nos damos cuenta; tal vez llegan a decirlo, pero no lo entendemos, porque no estamos receptivos. Por lo tanto, si esto nos pasa con aquellos a los que tenemos más cerca, con más razón nos va a costar saber lo que Dios anhela se nosotros. A Dios también lo encasillamos, lo reducimos a un Dios de bolsillo que no siempre tiene algo que decirnos.

⁵ Fernández, Rafael, Fe práctica en la Divina providencia, 116-136

El hombre de la fe práctica es un hombre que sabe detenerse para observar la realidad. Percibe lo que ocurre a su alrededor, en su entorno, en la sociedad; no es alguien tan cerrado en sus problemas que no sepa mirar más allá de su ombligo. Debemos aprender a meditar sobre nuestra vida. Las cosas no pasan porque sí y ya está. Tenemos que vivir nuestra vida, no dejar que la vida nos viva. Cada persona, cada cosa, es un mensaje de Dios, es un pequeño profeta que nos trae su mensaje. Tenemos que dejarnos tiempo para contemplar la realidad, hacer pausas y detener el paso. Es una tarea difícil pero indispensable. Los acontecimientos son la materia sobre la que colocar la mirada. ¿Qué me quiere decir Dios en ellos? (Mc 16,2-3) Deberíamos ser capaces de colocar ante nuestros ojos esos acontecimientos del último tiempo y meditar sobre ellos. *¿Dónde nos habla Dios? ¿Qué nos quiere decir?*

No obstante, los acontecimientos de nuestra vida se pueden interpretar muchas veces de maneras diferentes. Estas voces de Dios no bastan, tomadas de forma aislada, para saber con certeza lo que Dios nos pide. Me ha tocado encontrar personas que absolutizaban las voces del tiempo. Vivían así saltando de una cosa a otra porque en el día ocurren cosas muy diferentes. Un acontecimiento puede tener varios significados. Saber cuál es el que Dios nos quiere mostrar es un arte. Pero como ayuda hay otras voces que nos dan luz para poder interpretar mejor el querer de Dios.

Las voces del alma

En lo más profundo de nuestro ser Dios habla, aunque pensemos a veces que no es Él, que es nuestra propia voz interior. Esta voz del alma es inspiración del Espíritu Santo en nuestro corazón. A través de nuestras inquietudes profundas, de nuestros anhelos, de nuestros impulsos que van madurando en nuestro corazón, Dios nos habla. El Espíritu Santo penetra nuestro corazón y desde allí nos impulsa a actuar. Los impulsos internos nos llevan a tomar postura ante la vida. Cada uno reacciona de forma diferente ante la realidad. Estos impulsos que experimentamos en nuestro interior tienen que ser interpretados e identificados. Cuando tengo en mi interior el anhelo de servir, de amar más, de darme por los pobres, de luchar por la justicia, *¿qué me está queriendo decir Dios en cada caso?* Los impulsos que son de Dios se repiten, tienen cierta estabilidad, hay una línea conductora. Descubrirlos es el camino para conocer nuestro Ideal personal, el sueño original que Dios ha sembrado en nuestro corazón, y, por supuesto, para descubrir nuestra vocación. Dios tiene un plan para nosotros que se manifiesta a través de los impulsos del alma.

Observamos que Dios parece estar pidiéndonos algo en nuestra vida, pero debemos discernir si realmente eso que creemos se corresponde o no con los deseos de Dios. Son muchos, y a veces contrapuestos, los deseos e impulsos que existen en nuestro corazón. Interiormente percibimos esas voces del alma de forma diferente: como un anhelo, definido o indefinido, como una inclinación, como un impulso. Es lo que brota desde dentro, a veces en forma casi instintiva, incluso de forma subconsciente. **S. Ignacio** hablaba de la importancia del **discernimiento de espíritus**, para saber cuáles eran de Dios y cuáles del demonio o del mundo: *“Propio es de Dios y de sus ángeles, en sus mociones, dar verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación que el enemigo induce; del cual es propio militar contra la tal alegría y consolación espiritual, trayendo razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias”*. Cuando Dios nos habla en el alma, la paz y

la alegría son frutos de su voz. El demonio se aprovecha generalmente de nuestra tristeza y desánimo para actuar.

Describe así S. Ignacio la consolación espiritual: "Llamo consolación cuando en el ánima se causa alguna moción interior, con la cual viene la ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor; y consecuentemente, cuando ninguna cosa criada sobre la faz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas". En este estado del alma Dios nos habla. Despierta mociones del Espíritu y comunica así su voluntad. Por el contrario, cuando el alma está turbada, es más difícil descubrir a Dios y no es bueno decidir nada. **S. Ignacio** describe la actitud de **la desolación espiritual**: "Oscuridad del ánima, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor. En tiempo de desolación nunca hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente a la tal desolación". En estado de desolación no es posible mudar ni tomar nuevas decisiones. Hay que mantenerse fiel y firme en nuestros propósitos de vida. La fidelidad en la desolación es un don de Dios.

Por otro lado, cuando el P. Kentenich habla de escuchar las voces del alma, no sólo se refiere a las de nuestra alma, **se refiere a la del alma de las otras personas y de la comunidad que nos rodea**. Allí nos habla Dios, en el alma de los demás. Por eso es tan importante rezar juntos como matrimonio y hablar con frecuencia tratando de descifrar la voluntad de Dios para nuestra familia. Debemos aprender a leer en el alma de las otras personas, especialmente de nuestro cónyuge. Allí nos habla Dios. ¡Cuántas veces las mociones de Dios en otras personas son una revelación de su voluntad para nosotros! La atmósfera comunitaria es fundamental para descifrar el querer de Dios. Dios habla a través de corrientes de vida a nuestro alrededor. Cuando el idealismo de una comunidad crece, es más fácil oír los latidos de Dios. Una comunidad, un matrimonio, que no aspira a grandes ideales, se apega a la tierra y no sueña.

¿Cuáles son esas inclinaciones que están más vivas en nuestra alma? ¿Nos dan alegría, nos dejan paz en el corazón? ¿Hacia dónde se dirigen nuestros afectos? ¿Qué anhelos profundos hay en nuestro corazón? ¿Qué nos quiere decir Dios?

Las voces del ser

Dios cuenta con nuestro ser, con nuestra naturaleza, para regalarnos un camino de vida que nos va a hacer plenos y felices. Dios nos ha dado una forma de ser, un temperamento, una familia y unos rasgos fundamentales. Dios nos ha hecho de una forma determinada y tiene un camino que se adapta a esa originalidad que hay en nosotros. Dios no nos pide lo que no tenemos, ni nos exige actuar de acuerdo a lo que no somos. A la hora de descubrir la propia vocación es fundamental ir descubriendo quiénes somos, nuestra verdadera esencia y originalidad. Sólo desde esa realidad es posible plantear con realismo las preguntas que tocan nuestro ser más profundo. Dios no fuerza nuestra naturaleza, se adapta a ella. Eso es lo interesante y lo maravilloso de ese Dios con nosotros. La gracia presupone la naturaleza, como afirma **Santo Tomás**.

En nuestra originalidad, en nuestros talentos y virtudes, en nuestras capacidades, se encuentra escondida nuestra vocación. Cuando meditamos sobre las voces del tiempo y del alma, es necesario detenernos en las voces del ser. Son un cable a tierra, un anclaje en nuestra realidad, que nos hace tomar algo de distancia y ganar perspectiva. Meditando las voces de Dios, nuestro propio deber de estado, aquello que somos y nos

corresponde como consecuencia, es más fácil discernir lo que Dios nos está pidiendo. Al meditar en nuestro ser estamos buscando el camino de vida que Dios ha pensado desde siempre. Dios nos da talentos y cualidades para que los entreguemos, para que no nos guardemos lo que Él nos ha dejado como tesoro.

¿Para qué tenemos ciertas aptitudes? ¿Cuáles son esos rasgos de nuestra personalidad más marcados? ¿Se adaptan plenamente con la vocación a la que nos sentimos llamados? ¿Estamos entregando con generosidad todo lo que Dios nos ha dado?

Toma de decisiones

Todo este camino recorrido sería inútil si no fuéramos capaces de decidir nada. Vivimos en un mundo donde cuesta el compromiso. Cuesta creer en la fidelidad y por eso cuesta creer en un sí dado para siempre, como en el matrimonio. Parece algo fuera de la realidad, ilusorio, imposible. No es posible esa fidelidad para siempre, y por eso, ante el miedo al fracaso, mejor evitar el compromiso. Decidirnos por algo supone siempre una elección por aquello que creemos que Dios nos pide y, al mismo tiempo, una renuncia que nos lleva a dejar otras cosas también buenas y atractivas. Si tuviéramos sólo que elegir descartando cosas malas, todo sería más fácil. Pero normalmente no es así. Toda decisión lleva consigo una renuncia, a veces dura.

Para el protagonista de “la leyenda del pianista en el océano”, la decisión significaba riesgo y exigía audacia. Significaba dejar la seguridad del barco, sus hábitos, su piano con su teclado finito. Puede ser que a nosotros también nos cuesten las decisiones por miedo a dejar la seguridad y asumir riesgos. Nos asusta abandonar nuestro propio teclado finito. Toda decisión es un riesgo. No sabemos lo que Dios nos va a pedir acto seguido. Cuando María le dijo que sí a una petición aparentemente imposible, sabía el riesgo que algo así suponía, aunque ignoraba por qué. Fue un salto en el vacío, porque toda decisión exige abandonarse en las manos de Dios. La pregunta que nos asalta a veces es la misma: *¿Nos estaremos equivocando? ¿Y si luego nos damos cuenta de que éste no es el camino?* Toda decisión es un salto de fe. Cuando lo damos, lo hacemos con el corazón, nos abandonamos en Dios y le decimos: *“Es tu vida, haz con ella lo que quieras”*. Nos referimos a cualquier decisión importante en nuestra vida.

¿Nos cuesta decidirnos? ¿Cómo tomamos las decisiones en nuestra vida? ¿Las hablamos con Dios? ¿Nos cuesta abandonarnos confiadamente en las manos de Dios? ¿Qué decisiones hemos tomado? ¿Cómo lo hemos hecho? (ver. Gn 15. 17. Ex 33)

Un ejemplo como ayuda

A la hora de tomar decisiones es habitual que lo hagamos sin consultar a Dios. Él no sólo interviene en las grandes decisiones de nuestra vida, sino también en las pequeñas, en cada paso que damos a diario. Sabemos que, para ser coherentes con nuestra fe, es necesario tener presente a Dios al tomar cualquier tipo de decisión. Pero nos cuesta interpretar las voces antes mencionadas. No es fácil hacerlo y siempre tenemos que contar con Dios y con María. Acabamos de ver las distintas voces de Dios a la hora de tomar una decisión. Voy a servirme de un ejemplo para explicar mejor lo que he intentado explicar antes. Las voces tomadas de forma aislada no ayudan, hay que verlas en su conjunto y no se trata de sumar y restar, no es tan fácil. Un ejemplo:

Un hombre, Juan, de 45 años de edad, se da cuenta de que tiene en su interior una fuerte inclinación hacia las misiones en África. Esa inclinación no es suya, nunca había estado presente en su corazón hasta que, hace un tiempo, empezó a sentir con fuerza la llamada para irse de misionero al África. No sabría explicarlo muy bien. Siente algo nuevo pero no es sólo sentimiento, es una voz nueva y desconocida que le invita a esa aventura y le hace soñar con cosas que desconoce. Esta voz lo tiene inquieto. Ha tratado de apagarla. Lucha por no estar solo para no escuchar esa voz. Evita estar en oración profunda porque no quiere enfrentarse con esa inclinación. Al principio creía que era sólo un sueño pasajero que pasaría, un mero capricho. Por el contrario, la voz se repite cada vez con más insistencia y fuerza. Por más que la evita, sigue resonando.

Estamos hablando aquí de una voz del alma. Normalmente estamos ante voces nuevas, que no vienen de otros, sino que, súbitamente, brotan en nuestro interior. En el alma nacen y crecen. Viven de la oración, se alimentan en el silencio. Muchas veces no obedecen a una lógica. Estas voces hay que examinarlas bien para discernir si estamos ante voces que son inspiradas por Dios o por el demonio. En ese discernimiento es necesario examinar la naturaleza de la voz, las motivaciones que la acompañan y la sensación de paz o de desasosiego que trae consigo.

Nuestro hombre, Juan, sigue sin poder acallar esa voz. Súbitamente recibe en su casa una revista sobre las misiones en el África. En ella se habla de la necesidad de la misión y de la falta de misioneros que existe. Él es médico y cree que podría ser de gran ayuda por la situación que describe la revista. Por otro lado, en la televisión, ve cómo una ONG, “*médicos sin fronteras*”, anuncian su labor en África e invitan a apoyarlos. Por otro lado, en la parroquia, el domingo anterior, vino un misionero de África a contar su experiencia en el Zaire y a pedir ayuda para su misión.

En definitiva, se trata de muchas voces del tiempo, que dan vida a su corazón. Son acontecimientos, personas y cosas que aparecen en su vida y que pueden apoyar, contradecir o despertar voces del alma. En el caso que estamos viendo, vienen a reforzar la llamada a la misión que había escuchado en su alma. Estos hechos colaterales, sin ser definitivos, no contradicen esa primera inclinación de Juan. Surge la pregunta: ¿Dios le está pidiendo que se vaya a la misión? Podría ser, hasta ahora nada parece contradecir lo que intuye en su corazón. Juan reza y la voz continúa en su alma.

Pero resulta que Juan está casado y tiene cinco hijos. Se trata de una clarísima **voz del ser**. Su primera obligación es mantener y cuidar a su mujer e hijos. Al contarle todo a Marta, su esposa, ella le hace ver la realidad con mayor objetividad: “*Juan, seamos realistas, los chicos son pequeños, estamos pagando hipotecas, tenemos responsabilidades adquiridas que no podemos rehuir*”. Juan toma conciencia de la situación, reza y comprende que aunque Dios haya despertado en su corazón esa voz, eso no quiere decir que tenga que dejarlo todo e irse al África. A lo mejor lo único que le pide Dios es que apoye económicamente la misión, o que invierta un mes de sus vacaciones ayudando allí con su mujer, o que rece por los misioneros. Eso tendrá que ir viéndolo. Al mismo tiempo, en el supuesto de que su mujer llegara a ver que eso es lo que ella también quiere, tal vez deberían irse los dos juntos con los hijos a vivir un tiempo a África. Pero si ése no es el caso, tendrá que quedarse donde está.

No es tan fácil tomar una decisión de la mano de Dios. No es una suma matemática de las voces. No se extraen consecuencias tan fácilmente. El Padre Kentenich hablaba de la ley de la **puerta abierta**. A través de una pequeña puerta, a veces sólo una

rendija, podemos llegar a ver que se abre un camino y por eso somos capaces de decidir. El caso que hemos visto parece fácil, pero la verdad es que casi siempre las decisiones son difíciles. Las voces nos confunden y, en ocasiones, se contradicen. La armonía entre las tres voces es lo deseable, pero no siempre ocurre. Las voces del tiempo son fácilmente interpretables, pero, a la vez, nos pueden confundir. Un hecho puede tener muchas lecturas posibles. Una voz del alma nos da fuerzas y da contundencia a la decisión que tomamos, sin embargo, las voces del alma no son definitivas. La voz del alma que nos invita a la entrega plena no significa necesariamente dejarlo todo y comenzar una vida viviendo en la más absoluta pobreza. Las voces tienen que confrontarse unas con otras para ver qué quiere Dios.

En ocasiones habrá una voz más fuerte que las otras. Puede ser que una persona vea claro que tiene que tomar una decisión determinada, aunque no todas las voces estén en armonía. Por ejemplo, el P. Kentenich, en la cárcel de Coblenza, vio con claridad que tenía que ir a Dachau. La voz del alma era clara, veía que Dios le pedía dar ese salto de audacia y que ese riesgo que iba a correr iba a estar en consonancia con su misión como Padre y fundador de Schoenstatt. En ese caso las voces del tiempo hablaban aparentemente en contra: cartas de muchas personas pidiéndole que no fuera a Dachau, la opinión de los Padres y las hermanas que le recomendaban no ir, la posibilidad de contar con un médico que podía expedir un certificado. La voz del ser también iba aparentemente en contra: es el Padre y fundador de un Movimiento que está naciendo, está débil la familia y necesita su apoyo incondicional, su muerte sería algo trágico para todos. Hay más voces, sin embargo, que el P. Kentenich escuchaba: la guerra con su残酷 le hablaba de la necesidad de dar un salto de audacia y radicalidad, en una época en la que Hitler quería acabar con la libertad, él estaba dispuesto a entregar la suya para ganar la libertad para la Familia. Al final la decisión no fue fácil, fue un verdadero salto de audacia.

Las decisiones no son algo matemático. Tenemos que confrontarnos con Dios una y otra vez para ver lo que realmente quiere. Me da la impresión de que muchas veces decidimos sin tener en cuenta lo que Dios ha intentado decírnos. Hacemos nuestros planes y programamos la vida esperando que Dios esté de acuerdo con todo.

*¿Cómo tomo las decisiones cotidianas o importantes en nuestra vida?
¿Lo consultamos con Dios?*

Realizar

Nos resulta más o menos difícil saber lo que Dios quiere en cada momento. Pero más complicado todavía nos resulta llevar a cabo lo que nos proponemos o lo que pensamos que Dios nos pide. Nos falta esa capacidad de hacer lo que queremos. Definía el P. Kentenich al hombre nuevo de esta manera: *"Sabe lo que quiere, quiere lo que sabe y realiza aquello que sabe y quiere"*⁶. Necesitamos un corazón nuevo capaz de hacer las cosas. Se trata de formarnos a través de la acción. Nuestros actos no son indiferentes, nos van haciendo, van formando nuestro mundo interior.

Tememos el fracaso, pensamos que la vida es corta y que no cabe cometer errores. Nos atenaza el miedo a confundirnos y, de esta forma, muchas veces preferimos no actuar, dejando que la vida nos acabe viviendo. El Padre Kentenich nos recuerda que nuestra naturaleza es débil y pronto perdemos el empuje inicial para llevar a cabo la

⁶ P. Rafael Fernández, Fe práctica en la Divina Providencia, 142

decisión tomada: “Se toma una decisión y la fuerza de empuje de la misma nos impulsa a cumplirla. Pero pronto se debilita la energía de la voluntad y en poco tiempo vuelve a quedar potrada, sumida en su indolencia e inmovilidad. Se olvidan las decisiones y propósitos que apuntaron hacia las alturas”⁷. Queremos aprender a llevar a cabo aquello que hemos decidido. No basta con intuir y descubrir lo que Dios nos pide. Es necesario dar un paso más y arriesgarnos a confundirnos. El ejemplo del GPS ayuda, así lo hace Dios; no se enfada cuando no le hacemos caso, nos reconduce con paciencia y señala el camino. Muchas veces me encuentro con personas que saben descubrir la voluntad de Dios, pero **tropiezan una y otra vez porque no logran hacerlo realidad**. Se pierden en sueños y deseos sin lograr hacer realidad lo que anhelan vivir. Hace falta tener una voluntad firme y sólida. Cuesta encontrar personas que no cesen en sus decisiones, que no se desanimen al experimentar dificultades en la realización de la voluntad de Dios.

Y evaluar

La resultante creadora es el fruto que la vida muestra para hacernos ver que nuestra decisión fue la correcta o la equivocada. Siempre se piensa que paz es el primer fruto de una decisión adecuada. Sin embargo, después de decisiones importantes, no siempre hay paz. Decía **Edith Stein**, después de ingresar al Carmelo: “*No podía tener una alegría arrebatadora. Era demasiado tremendo lo que dejaba atrás. Pero yo estaba muy tranquila en el puerto de la voluntad de Dios*”⁸. Es difícil imaginar a **María** llena de paz camino de Ein Karem. Las decisiones tan fundamentales, que suponen un cambio radical en nuestras vidas, normalmente dejan el alma inquieta, pero con la tranquilidad de saber que uno ha hecho lo que Dios le pedía. Aún así es cierto que la falta de paz que perdura en el tiempo puede ser un indicio para reconsiderar la decisión tomada.

No obstante, la paz no llega inmediatamente al corazón, los frutos no se ven rápidamente. Al tomar las decisiones queremos saber casi inmediatamente si nos hemos equivocado o si, por el contrario, estamos en el camino correcto. No suele ser algo inmediato. Las decisiones importantes no nos dan paz inmediatamente. Pero sí hay frutos que se van percibiendo. Hay puertas que se abren y vemos que era lo que Dios quería. Tenemos que hacer de todo esto una segunda naturaleza. No vale sólo, como ya he dicho, para las grandes decisiones. Cada día, desde que nos levantamos, estamos expuestos a la vida y tenemos que decidir. Son decisiones aparentemente poco importantes, pero que nos van haciendo como personas. Decidimos si invertimos el poco tiempo libre que tenemos para navegar por internet o estar con los hijos, el dinero que tenemos para hacer un viaje o mejorar alguna parte de la casa. Decidimos aceptar un trabajo u otros. Vemos si tenemos que ir al Santuario o quedarnos en casa a ayudar con los deberes. Decidimos participar en un campamento como éste o ir el fin de semana a la casa de unos amigos. Hablar con alguna persona que lo necesita o atender otras necesidades. En fin, muchas decisiones que no son fáciles de tomar, y no parecen tan importante, a la larga pueden ser definitivas. Pero lo que está claro es que todas nuestras decisiones nos van formando. Nos ayudan a crecer y a madurar. Con el paso del tiempo vemos si las decisiones fueron correctas. Los frutos, la resultante creadora, nos revela el querer de Dios y nos confirman o no en las decisiones tomadas. Pero es necesario darle tiempo a Dios y confiar. Sin esa confianza en su conducción, sin esa fe práctica en su plan de amor, no es posible construir con Él la historia.

⁷ Bajo la protección de María, T 2, 194

⁸ Edith Stein y convertidos de los siglos XX y XXI, 59. Colección “El camino de Damasco”. Tomo 140